EL PADRE DE MI MUJER.

EL PADRE DE MI MUJER.

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ BUSTILLO.

MÚSICA DE

D. ISIDORO GARCIA DE ROSSETTI.

Estrenado en el teatro de la Zarzuela la noche del 3 de mayo de 1862.



MADRID: 1862.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente alta, núm. 52.

PERSONAGES.	ACTORES.
ENRIQUETA.	DOÑA ENRIQUETA TODA.
VIRGINIA.	DOÑA DOLORES FERNANDEZ.
D. TADEO.	D. FRANCISCO ARDERIUS.
PABLO.	D. RAMON CUBERO.
SERAFIN.	D. MODESTO LANDA.
JUAN..	D. SINFOROSO LOPEZ.

La accion se supone en casa de Pablo, en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon: puerta al fondo y puertas laterales.—En el ángulo de la derecha una puerta, y en el de la izquierda una chimenea; en medio un velador.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.—Despues D. TADEO.

Al levantarse el telon es de noche.—La escena está desierta.—Se siente un fuerte campanillazo en la puerta exterior.

JUAN. (Entrando por la segunda puerta de la derecha medio vestido y con un candelero en la mano.)
¿Quién diablos puede llamar
á las seis de la mañana?...
Voy corriendo á abrir la puerta;
¡algo sucede en la casa! (Abre la puerta del fondo.)

TADEO. (Entrando muy agitado.)
¿Dónde se encuentra mi yerno?
Quiero hablarle sin tardanza.

JUAN. (Asustado.) ¿El señor?... ¡está durmiendo!

TADEO. ¡Despiértale!...

JUAN. (Colocando una luz sobre el velador.)
¡Vírgen santa!...

¡Voy corriendo!... (De seguro
que ha ocurrido una desgracia.)
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II.

D. TADEO.

¡Esto es horrible... espantoso!...
¡Si señor... es una infamia!
¡Yo así no puedo vivir!
¡Mi yerno á Enriqueta engaña!
¡Mi hija única!... ¡un ángel!...
¡ah, bribon!... ¡quién lo pensara!
Despues de sus juramentos...
tres veces juró el canalla
hacerla feliz... La una
cuando á la iglesia marchaba,
otra al salir de la iglesia
y la tercera en su casa.
Por eso yo no queria
que Enriqueta se casara...
Yo al menos nunca la habria
engañado... no... ¡qué lástima!
¡Ah! si mi hija supiera...
¡si supiera lo que pasa!...

JUAN. El señor se está vistiendo
y vá á salir sin tardanza.
(Se va por el fondo y cierra la puerta.)

TADEO. ¡Conque se levanta ahora!...
¡á las seis de la mañana!
Es claro... el hombre vicioso
siempre tarde se levanta.
¡Oh! veremos, señor yerno,
si de disculparte tratas.

ESCENA III.

D. TADEO.—PABLO.

PABLO. (Entrando por la derecha con bata y chinelas y sin corbata.)
Dispense usté si he tardado;
en este mismo momento
me levanto de la cama.
Puede usté hablar, D. Tadeo.

TADEO. ¿Nadie nos puede escuchar?...

PABLO. ¡Nadie!... mas tanto misterio...
¿Ocurre alguna desgracia?

TADEO. Puede usted tomar asiento. (Se sientan.)
(Momento de pausa.) ¿Ayer noche... salió usté?

PABLO. Si señor... mas no comprendo
á dónde vá usté á parar!

TADEO. Á las nueve, caballero,
se estuvo usted paseando
en el pasaje Matheu
hasta las diez menos cuarto.

PABLO. Pues hasta ahora no veo...

TADEO. ¡Un hombre que está casado
perder de ese modo el tiempo!
¡No tiene perdon de Dios!...

PABLO. Perdone usted, papá suegro:
¿me vino usté á despertar
solamente para eso?...

TADEO. No: continúo... Á las diez,
se dirigió usted al puesto
de flores que hay junto al Suizo.
¿Es esto cierto?

PABLO. Muy cierto.

TADEO. Compró usted un ramillete
por doce reales y medio,
y desde allí se fué usté
á la calle de Tudescos.

¡No trate usted de negarlo!

PABLO. ¡No señor... si no lo niego!

TADEO. Entró usted en una casa,
subió usté al piso tercero
con el ramo, tiró usté
de la campanilla, abrieron,
y en seguida...

PABLO. (Interrumpiéndole.) ¡Claro!... Entré
porque me habian abierto.

TADEO. Á poco mas de las once
salió usté muy satisfecho
de la casa, sin el ramo...
Dígame usted, caballero:
¿qué hizo usted del ramillete?

PABLO. Permita usté; no comprendo...

TADEO. (Idem.) ¡Usted engaña á Enriqueta!
¡La engaña usted, bien lo veo! (Se levantan.)

PABLO. Ya me estaba yo esperando
esa salida, y lo siento.
¡Es usted incorregible!
Hacerme salir del lecho
á las seis de la mañana,
en lo mejor de mi sueño,
para venir á decirme
lo que siempre estoy oyendo.
No hay paciencia que resista...

TADEO. ¡Caballerito!...

PABLO. Un momento;
es usted un hombre honrado,
leal, complaciente y bueno...
Al dejar la escribanía,
se llevó usted el aprecio
de todos sus camaradas...

TADEO. De lo cual me lisongeo.

PABLO. Pero tiene usté una falta,
ó mejor dicho, un exceso.

Tiene usté el amor de padre
desarrollado en extremo.
Adora usted á su hija...

TADEO. ¡Es un ángel!

PABLO. Hasta celos
le inspira á usted ese amor...

TADEO. ¡Basta ya!

PABLO. (Mirando el reló.) Tenemos tiempo;
ahora son las seis y cuarto...
Conque tome usted asiento. (Se sientan.)
(Momento de pausa.)
Usted siempre se ha creido
que nadie en el universo
podia hacer la ventura
de su hija... y siempre terco,
se resistió usté á casarla
hasta el último momento,
diciéndola que seria
desgraciada...

TADEO. ¡Señor yerno!...

PABLO. Y ahora que es mi mujer...
por no desmentir su aserto,
quiere usted á todo trance
que yo la engañe!... Lo siento;
pues á fuerza de decirme
con ese tono severo:
«¡Usted engaña á Enriqueta!»
puede darme el pensamiento
de engañarla... (Se levanta.)

TADEO. (Levantándose.) ¡Cómo!... ¡cómo!...

PABLO. Oiga usted, y juzgue luego.

MUSICA.

Cuando era estudiante yo,
mi abuelo compró á un patan

una huerta en la que habia
un almendro colosal.
Y en sus temores
el buen señor,
sin cesar me decia:
«¡Ah, picaron!...
»¡tú comes mis almendras,
»no hay que dudar!»
Y yo no las comia;
no era verdad.

—

Mas tantas veces
lo repitió,
que al fin y al cabo
me dije yo:
puesto que guarda
con tanto afan
esas almendras...
¡buenas serán!
Y desde entonces
bajé al jardin,
ví las almendras
y las comí.

DECLAMADO.

TADEO. ¿Es decir que usté confiesa
que la engaña?...

PABLO. Yo confieso
que he comido las almendras
en la huerta de mi abuelo,
pero que engaño á mi esposa...
¡eso nunca!

TADEO. Pues espero
me diga usté lo que hizo
del ramito...

PABLO. Don Tadeo...

¡por Dios!... Ayer era el santo
de mi sobrina Remedios.
La gustan mucho las flores,
yo soy su tio y la quiero,
y al ir á darla los dias
la quise hacer un obsequio.
¡Hay nadá más natural!...

TADEO. ¿Y piensa usted, señor yerno,
que yo me trago esa píldora?
¡No, señor!... ¡usté es un pérfido!
¡usted engaña á Enriqueta!...

PABLO. ¡Mire usté que es mucho cuento!...
¿Insiste usted todavía?
¡No he visto un hombre más terco!

TADEO. ¿Qué dice usté?...

PABLO. Lo que digo
es que tengo frio y sueño,
y que me voy á la cama
ahora mismo.

TADEO. ¡Caballero!...

PABLO. Que esta cuestion sempiterna
huele á puchero de enfermo;
y que no teniendo pruebas,
de ningun modo consiento
venga usted á molestarme.

TADEO. Sin embargo, señor yerno...

PABLO. Lo dicho: en teniendo pruebas.
Buenos dias, papá suegro. (Se vá.)

ESCENA IV.

D. TADEO.—Despues JUAN.

¡Me pide pruebas!... ¡Tunante!...
(Reflexionando.) Tiene razon... no las tengo;
pero yo las buscaré;

sí, señor. (Viendo una levita sobre una silla.)
¡Qué es lo que veo!
¡Es su levita!... veamos... (Toma la levita.)
Esto quizá está mal hecho,
mas soy padre de mi hija
y velar por ella debo.
Ademas... nadie me observa.
(Registrando.) Unos guantes... el pañuelo;
á ver en este bolsillo
si hay algo... (Sacando dos periódicos.)
La España... El Pueblo...
¡*La España* y *El Pueblo* juntos!...
¡Qué cosas tiene mi yerno!
(Registrando.) ¡Un billete perfumado!
Alguien viene... (Oculta la carta con rapidez.)

JUAN. (Entrando por la segunda puerta de la derecha con una vela en la mano.) Don Tadeo...
¿aquí todavía?

TADEO. Sí...
estaba tomando el fresco.

JUAN. Dispense usté, yo creia...
(Acercándose á él y bostezando.)
¿Sabe usted que tengo sueño?

TADEO. Yo tambien... alúmbrame.
(Aparte.) Quiero saber al momento
lo que contiene esta carta.
(Acercándosela á la nariz.)
¡Cómo huele... á gatuperio!

JUAN. (Acompañándole.) Muy buenos dias.

TADEO. (Marchándose.) Felices.

JUAN. ¡Ya se fué!... maldito viejo!...
¡Me ha venido á despertar
del más delicioso sueño!...
Soñaba yo que con Petra
iba á la Vírgen del Puerto,
y que á la sombra de un árbol

nos sentamos en el suelo.
Que me empezó á hablar de boda
y yo decia: «¡Te veo!»
Despues me llamó tunante,
yo la tiré del pañuelo,
y despues... me despertó
la campanilla. (Bostezando.) Me vuelvo
á la cama sin demora,
á ver en qué para el cuento.
(En el momento en que vá á desaparecer, se siente un fuerte campanillazo.)

ESCENA V.

JUAN.—Despues D. TADEO.

JUAN. (Volviendo á aparecer.)
¡Pues señor... esto es atroz! (Abre la puerta.)
TADEO. (Entrando apresurado.)
¡Pronto!... ¿Dónde está mi yerno?
JUAN. ¿Otra vez?...
TADEO. Yo quiero hablarle.
¡Llámale!
JUAN. Voy al momento.
(Se vá por la primera puerta de la derecha y deja la bugía sobre el velador.)

ESCENA VI.

D. TADEO.

¡Pruebas me exigió el villano
fingiendo hacerse de nuevas!...
Puesto que me exige pruebas,
(Enseñando la carta.)
las pruebas tengo en la mano.

En este papel, escrito
está su mal proceder.
¡Sí!... lo acabo de leer.
¡Esto es horrible! ¡inaudito!
(Se acerca á la luz que está sobre el velador, abre la carta y lee.)

«Cariño de mi vida:
»te participo,
»que saldré para esa
»con mi marido.
»Á tí te consta,
»que mi esposo es tan bueno
»que nunca estorba.
»Guardado tengo el rizo
»de tus cabellos:
»¿conservas tú los mios?
»¿qué hiciste de ellos?
»Hasta la vista;
»ya sabes que te quiero.
»Tuya... Virginia.»

(Declamando.) No tiene vuelta de hoja,
esto es claro y evidente.
(Apaga la luz. Es de dia.)
Cuando el papel le presente,
veremos si se sonroja!
¿Qué mas prueba necesito?
¡ni á las casadas respeta!...
(Con satisfaccion.)
¡No hay duda!... ¡Engaña á Enriqueta!
(Se frota las manos con alegría, de pronto se detiene y dice cambiando de tono:)
¡Esto es horrible!... ¡inaudito!

ESCENA VII.

D. TADEO, PABLO.—Despues ENRIQUETA.

PABLO. (Entrando por la primera puerta de la derecha, vestido como para salir y precedido de Juan, que sale por el fondo y cierra la puerta.)
¿Usted aquí?...

TADEO. (Con frialdad.) Caballero...
pruebas me mandó traer,
y las tengo en mi poder
irrecusables... Espero
que usted, que nunca se altera,
la explicacion me dará... (Sacando la carta.)

ENRIQ. (Entrando de pronto por la primera puerta de la derecha.)
¡Muy buenos dias, papá!

TADEO. (Ocultando la carta.) (¡Mi hija!... ¡Si ella supiera!...)

PABLO. (Á D. Tadeo.) Hábleme usted francamente,
y le esplicaré al instante...

TADEO. (Bajo á Pablo.) Estando mi hija delante,
ni una palabra!

PABLO. (Idem.) Corriente.

ENRIQ. Muy temprano vino usté.

PABLO. Antes que fuera de dia.

TADEO. Los negocios, hija mia...

ENRIQ. ¿Conque un negocio?

TADEO. Sí á fé.
Cierto negocio importante...

PABLO. ¡Y de mucha trascendencia!

TADEO. (Me hará perder la paciencia
la calma de este tunante!)
(Á Enriqueta.) ¿Eres feliz?...

ENRIQ. ¿Si lo soy?...
No se encuentran dos esposos
tan contentos y dichosos.
Pablo... ¿no me abrazas hoy?

TADEO. (Deteniendo á su hija en el momento en que Pablo vá á abrazarla, y abrazándola con efusion.)
¡Hija mia!... (¡Qué maldad!
¡Engañarla!...)
PABLO. (Riendo.) ¡Vaya un paso!
ENRIQ. ¡Qué es eso! ¿Duda usté acaso
de nuestra felicidad?
PABLO. (Abrazando á Enriqueta.) ¡No es posible!
TADEO. (¡Vive Dios!
¡me hará ver lo blanco negro!)
PABLO. ¿No es verdad, querido suegro?
TADEO. (Aparte á Pablo.) Tenemos que hablar los dos.
ENRIQ. (Á D. Tadeo.) La causa no comprendí
de hallarle tan afligido.
¡Si viera usted!... ¡Mi marido
es tan bueno para mí!...
TADEO. (Muy contrariado.) Sí... ya lo sé... (¡Bribonazo!)
Y yo... le quiero... (¡Cachaza!)
ENRIQ. Pero usted nunca le abraza.
¡Vamos!... ¡Dele usté un abrazo!
TADEO. ¡Yo!... Entre hombres no se usa.
(¡Capricho más singular!...)
ENRIQ. ¡Qué!... ¿Me vá usté á desairar?
No admito ninguna escusa.
PABLO. (Á D. Tadeo.) Pues complacerla debemos,
abráceme usted. (Se abrazan.)
ENRIQ. (Con alegria.) ¡Así!...
TADEO. (¡Cómo huele á pachoulí!)
(Bajo á Pablo.) Lo dicho... luego hablaremos.
ENRIQ. Nuestro cariño, papá,
se aumenta de dia en dia.
TADEO. (No sabe... ¡pobre hija mia!
¡qué ciega!... ¡qué ciega está!)
ENRIQ. No dude usted que los dos
somos modelo de esposos,
y que vivimos dichosos

en paz y en gracia de Dios.

TADEO. (Si ella llega á averiguar
el belen de su marido!...)

PABLO. ¿Conque está usté convencido?

TADEO. (Con intencion.) ¡Vaya!... pues no lo he de estar.
(¡Engañarla!... ¡qué ignominia!
¡Oh! ¡qué tiempos alcanzamos!)

PABLO. (Con cariñosa espresion, cogiendo la mano de Enriqueta.)
¡Si viera usted!... nos amamos...

TADEO. (Interrumpiéndole y con marcada intencion.)
¡Si... como Pablo y Virginia!

PAB. y ENR. ¡Virginia!

TADEO. (Se ha estremecido.)
Es un libro que leí
allá en mis tiempos.

PABLO. ¡Ah! si...
recuerdo haberle leido.
Y aquella pasion vehemente
que Pablo....

TADEO. (Aparte á Pablo.) (Luego hablaremos.)

PABLO. (¿Otra vez?... ¡Si acabaremos!
¡Yo creo que está demente!)

ESCENA VIII.

DICHOS.—JUAN.—Despues SERAFIN y VIRGINIA.

JUAN. (Entrando por el fondo, á Pablo.)
El señor don Serafin
Contreras y su señora,
llegan en este momento.

PABLO. Que pasen.

TADEO. (¡Vaya unas horas!...)

ENRIQ. ¡Ellos son!... ¡Oh, qué alegría!
Mi deseo al fin se logra.
(Se dirige á la puerta del fondo.)

TADEO. ¿Quién es ese Serafin?
PABLO. Un propietario de Astorga.
TADEO. ¡Hombre!... ¡buenas mantecadas
se hacen allí!
PABLO. Con mi esposa
fué su mujer al colegio.
¡Tan franca!... ¡tan bonachona!
(Serafin y Virginia aparecen en el fondo seguidos de Enriqueta.)
PABLO. ¡Mi querido Serafin!...
(Á Virginia.) Á los pies de usted, señora.
ENRIQ. (Idem.) ¡Dame otro abrazo!
VIRGINIA. (Abrazándola.) ¡Enriqueta!... (Se sientan.)
SERAFIN. ¡El bueno de Pablo!... Toca
esos cinco... Ya estás viendo
que sin gastar ceremonias,
nos venimos á tu casa.
PABLO. No faltaba más que ahora...
VIRGINIA. ¡Y lo menos por un mes!
ENRIQ. No deseo yo otra cosa.
Te presento á mi papá.
VIRGINIA. (Saludando.) Muy señor mio.
TADEO. (Idem.) Señora,
puede usté desde este instante
disponer de mi persona.
Si de algo sirvo...
VIRGINIA. Mil gracias.
ENRIQ. (Á Virginia.) Hoy iremos á la ópera.
Pablo irá á encargar un palco.
PABLO. ¡Corriente!
VIRGINIA. Pero...
ENRIQ. Ni en broma
me digas que no.
VIRGINIA. Enriqueta...
ENRIQ. ¡Que no quiero que te opongas!
En mi casa mando yo;
por lo tanto... punto en boca.

Tu marido y tú desde hoy
no teneis voluntad propia.
Los teatros, los paseos,
Las curiosidades todas
que hay en Madrid, has de ver.
¿Á qué has venido de Astorga?

SERAFIN. (Á Enriqueta.) Es usté amable en estremo,
y espero que no se oponga
á concederme benigna
solamente un par de horas.
Voy á hablar á un escribano
de un asunto que me importa.
De una herencia...

PABLO. ¿Un escribano?
La suerte te proporciona
uno sin salir de casa.

SERAFIN. ¿Cómo?...

PABLO. (Indicando á D. Tadeo.) D. Tadeo Posma,
mi suegro. (Se levantan.)

TADEO. (Á Serafin.) Aunque ya no ejerzo,
caballero... eso no obsta.
Para mis amigos, siempre...

SERAFIN. (Yendo hácia él.)
Muchas gracias. Pues la historia
de la herencia es complicada.
Juan Cornelio Cornucopia,
hijo menor de...

ENRIQ. (Á Serafin.) Más tarde
hablarán ustedes... ahora
es menester descansar.
La habitacion está pronta,
y quiero que ustedes tomen
posesion en toda forma.
(Á Virginia.) ¿Conque... vamos?

VIRGINIA. Como quieras.

SERAFIN. (Á Enriqueta.) Cuando usté guste, señora.

(Serafin, Virginia y Enriqueta, se van por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

PABLO.—D. TADEO.—Despues ENRIQUETA.

TADEO. (¡Pues señor... ya estamos solos!
(Mirándole con atencion.)
¡Su sangre fria me asombra!)
PABLO. (Tomando el sombrero.)
Me voy á dar una vuelta
mientras se acerca la hora...
TADEO. (Deteniéndole.) ¡Alto ahí... caballerito!
Puesto que estamos á solas...
PABLO. Dispense usted, tengo prisa.
TADEO. ¿Dónde vá usté?
PABLO. ¡Dale bola!...
¡Ya he dicho á usté que á paseo!
TADEO. El pretesto está de sobra.
¡No trate usted de ocultar,
con la máscara de hipócrita,
la enormidad de su crímen!
PABLO. ¡Qué crímen, ni qué zambomba!
Yo creo que está usted malo.
TADEO. Señor mio... ¡pocas bromas!
Siéntese usté y hablaremos.
(Le hace sentar y se sienta él tambien: Pablo se levanta y se vá sin ser visto.)
Han llegado ya las cosas
á un estado tan...
(Levantándose al ver que Pablo ha desaparecido.)
¡Qué veo!...
¡Se marchó!... Por más que corra
no se ha de escapar... ¡infame!
¡Tal vez estará á estas horas!...

(Saca del bolsillo un gran bigote y unos anteojos azules, y muy apresurado se pone el bigote y los anteojos)

ENRIQ. (Apareciendo y llamando.)
¡Juan!...
(Viendo á D. Tadeo.) Papá... ¿qué significa?

TADEO. ¡Nada... inocente paloma!
Yo velo por tu reposo,
y aunque el infierno se oponga, (Con exaltacion.)
no ha de engañarte ninguno
viviendo Tadeo Posma.
(Se vá apresuradamente por el fondo.)

MUSICA.

ENRIQUETA.

¡Extraño misterio!...
no sé qué pensar.
¡Quizá de mi esposo
llegó á sospechar!
Si tal es la causa,
no debo temer,
pues tengo mil pruebas...
mi Pablo es muy fiel.

Con ese acento lúgubre
aquí me deja estática:
al ver su rostro pálido
no sé qué presumir.
Si sigue usando términos
y frases hiperbólicas,
yo debo sin escándalo
la trama doscubrir.

Al darme su mano
al pié del altar,

me dió su cariño,
juró lealtad.
No debo celosa
dudar de su fé,
pues tengo mil pruebas....
mi Pablo es muy fiel.

Con ese acento lúgubre, etc.

ESCENA X.

ENRIQUETA.—VIRGINIA.—Despues PABLO.—Despues DON TADEO.

DECLAMADO.

VIRGINIA. (Entrando por la segunda puerta de la derecha.)
Vengo admirada, Enriqueta.
¡Qué habitacion tan preciosa
nos tenias preparada!
Las butacas, la consola,
todo es de un gusto esquisito.
ENRIQ. ¡Vaya!... ¡Tienes unas cosas!...
¿En dónde está tu marido?
VIRGINIA. Dentro... arreglando su ropa.
Ya sabes que no es molesto
y que jamás incomoda.
ENRIQ. Recuerdo que me lo has dicho...
ya sé que á todo se amolda.
Voy á hacerte una pregunta:
¿nunca has estado celosa?
VIRGINIA. (En tono alegre.) ¿De Serafin?... ¡no por cierto!
Los celos no están de moda:
y por otra parte... yo,
que en todo soy económica,

se los tengo reservados.
Y allá en la vejez, si engorda,
se los pienso dar de postre
para que enflaquezca.

ENRIQ. Es cosa
de envidiar tu buen humor.
¡Siempre festiva y de broma!

VIRGINIA. ¿Por qué me lo preguntabas?

PABLO. ¿Yo?... por nada.

VIRGINIA. ¡Mentirosa!...

ENRIQ. No, te lo digo de veras.

VIRGINIA. Basta... y doblemos la hoja.

PABLO. (Entrando por el fondo.)
Ya tengo encargado el palco.

VIRGINIA. ¿Qué opera cantan?

PABLO. *La Norma.*

VIRGINIA. ¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!
Me gusta mucho esa ópera.

ENRIQ. ¿Y en qué empleamos el dia?
¡Veamos!...

VIRGINIA. (Á Enriqueta.) Yo pienso ahora
ir á ver con mi marido,
si tu permiso me otorgas,
la exposicion de pinturas
que está en la calle de Atocha.

PABLO. ¡Bien pensado!

ENRIQ. Yo... lo apruebo.

PABLO. Este año hay cuadros, que honran
de una manera muy digna
á las artes españolas.
Pero entre todos hay uno
que á mí al menos me enamora.
¡*Los Comuneros*!... ¡Qué cuadro!
¡Qué perfeccion en las formas!
¡Qué correccion de dibujo!
¡Qué actitud tan melancólica,

tan digna, la de Padilla!
Aquellas carnes... se tocan.

VIRGINIA. Veo que es usté entendido.

PABLO. Aficionado, señora.

TADEO. (Entrando apresuradamente por el fondo, con anteojos y bigotes.)
(¡Se me ha escapado!...)

ENRIQ. ¡Papá!...

PABLO. ¡Qué facha tan estrambótica!
¡Qué bigotes!

VIRGINIA. ¡Y qué anteojos!

TADEO. (Quitándose apresuradamente los anteojos y el bigote.)
(Me han visto... ¡nada me importa!)

PABLO. (Me parece que mi suegro
vá á parar en Zaragoza.)

TADEO. He seguido otro carruaje...
y á pié...

ENRIQ. ¿Por qué causa?

TADEO. ¡Toma!
¡maquinalmente!... El carruaje
se paró junto á una fonda;
y al abrir la portezuela,
me hallé de manos á boca
con un caballero flaco
y una señora muy gorda...
que me dieron cuatro cuartos!

VIRGINIA. ¡Cuatro cuartos!...

TADEO. Si señora.

PABLO. ¡Cómo!... ¿y usté los tomó?

TADEO. ¡Maquinalmente!...

PABLO. (Riendo.) ¡Es chistosa
la ocurrencia!

VIRG. y ENR. (Riendo.) ¡Já! ¡já! ¡já!

TADEO. (Bajo á Pablo.) ¡Pesada ha sido la broma;
mas si de esta se escapó,
yo le pillaré á usté en otra!

ESCENA XI.

DICHOS.—SERAFIN por la segunda puerta de la derecha.

VIRGINIA. (Acercándose á Serafin y arreglándole la corbata.)
Despues de tardar, el lazo
de la corbata, torcido.
(Yendo al espejo y poniéndose la capota.)
Serafin... me he decidido
á disponer de tu brazo.
SERAFIN. ¿Pues cómo?...
VIRGINIA. Á ver si procuras
ser fino con tu mujer.
Tú y yo... nos vamos á ver
la exposicion de pinturas.
SERAFIN. (Muy contrariado.)
¿La exposicion?... Si entendiera
de cuadros... sin vacilar...
mas... ¿no lo puedes dejar
para otro dia cualquiera?
VIRGINIA. ¿Rehusas?
SERAFIN. ¡No!... me acomodo...
pero vá á aburrirme el tédio.
TADEO. (¡Oh! ¡qué idea!) Tengo un medio
para conciliarlo todo.
Don Serafin, en conciencia,
no puede salir de aquí,
pues tiene que hablarme á mí
de ese asunto... de la herencia.
VIRGINIA. ¿Conmigo, entonces, quién vá?
TADEO. Un caballero muy fino,
que sabe bien el camino
y entiende de cuadros.
SERAFIN. Ya
se ha podido componer.
Don Tadeo lo arregló.

VIRGINIA. ¿Y quién es?
TADEO. ¡Mi yerno!
PABLO. ¡Yo!...
TADEO. No tiene nada que hacer...
PABLO. (Bajo á D. Tadeo.)
Pero...
TADEO. Es chico muy atento.
Tendrá un placer...
PABLO. (Á Virginia.) ¡Sí á fé mia!
VIRGINIA. Yo acepto su compañía.
PABLO. Pues cuando guste...
VIRGINIA. ¡Al momento!
ENRIQ. (Á Virginia.) ¡Que no tardes en venir!...
VIRGINIA. Bien.
TADEO. (¡Le entretuve por hoy!)
VIRGINIA. (Despidiéndose.) Hasta luego.
PABLO. (¡Por quien soy,
que me voy á divertir!)
(Pablo y Virginia se van por el fondo: Enriqueta por la izquierda.)

ESCENA XII.

D. TADEO.—SERAFIN.

TADEO. (Con satisfaccion.)
(¡Debe estar hecho una furia!...
Es preciso que comprenda,
que por mucho que cabile
á mí nadie me la pega.)
SERAFIN. (Que ha sacado unos papeles del bolsillo y se ha sentado junto al velador.)
El asunto es complicado,
y voy á esplicarme en regla.
Juan Cornelio Cornucópia...
TADEO. ¿Cómo?...
SERAFIN. Hablo de la herencia...

de mi consulta.

TADEO. ¡Es verdad!
Me olvidaba... ¡qué cabeza!...
Decíamos que ese Juan
Cornelio... adelante. (Se sienta)

SERAFIN. Era
hijo menor de Juan Luis,
natural de Cartagena,
muerto en la isla de Cuba...

TADEO. (Distraido y preocupado.)
Sí... muy bien... ¡Es buena idea!

SERAFIN. (Continuando.) Al morir dejó tres hijos;
dos varones y una hembra.
Juan Cornelio, Luis Cornelio,
y María Magdalena.
¿Comprende usté?

TADEO. ¡Sí... comprendo!
(¡Qué horror! La tal descendencia
debe embestir á la gente.)

SERAFIN. (Continuando.) María, abuela materna
de Virginia, mi mujer...

TADEO. (¡Válgame Santa Quiteria!...)
¿Su mujer de usté se llama
Virginia?

SERAFIN. Sí.

TADEO. (Levantándose y sacando del bolsillo la carta que encontró en la levita de Pablo.) (Bueno fuera..)

SERAFIN. (Continuando.) Juan Cornelio Cornucópia
murió sin hijos en Lérida,
pero al morir otorgó
testamento...

TADEO. (Examinando la carta.) (¡Qué sospecha!...
¡Aquí habla de un marido
que no estorba!... ¡Justo!)

SERAFIN. (Buscando entre los papeles.) Y esta
es copia del mismo, escrita

por mi mujer. De manera...

TADEO. (Interrumpiéndole.)
¿Su mujer de usté la ha escrito?

SERAFIN. Sí señor... puede usté verla.
(Le dá el papel: D. Tadeo le toma apresuradamente y le coteja con la carta.)

TADEO. (Levantándose.)
(¡Santo Dios!... ¡qué estoy mirando!
¡No hay duda... la misma letra!)

SERAFIN. (Admirado.) (¿Qué le ha dado á este señor?)

TADEO. ¡Horror de naturaleza!...
¿Y les deja usted ir juntos?

SERAFIN. ¿Á quiénes?

TADEO. ¡Á él y á ella!
Parece que está usté ciego.

SERAFIN. Mas... ¿qué gerigonza es esa?

TADEO. (Muy animado.) Es usted un *Papanatas*:
¿no vé usté que se la pegan?

SERAFIN. (Levantándose, muy enfadado.)
¡Caballero!... ¡no consiento
una burla tan grosera!
Papanatas no es mi nombre;
yo soy Serafin Contreras.

TADEO. Pues amigo, yo lo siento:
es preciso que usté sepa,
que hay un hombre en esta casa
que á su mujer galantea!

SERAFIN. ¿Conque insiste usté en lo dicho?

TADEO. Si señor, pues tengo pruebas.

SERAFIN. ¿Pruebas?...

TADEO. Sí... le ha dado pelo;
¡le escribe cartas muy tiernas!...

SERAFIN. (Con rabia.) ¡Pronto... diga usté quién es!
¡Infeliz del que se atreva!...

ESCENA XIII.

DICHOS.—ENRIQUETA.

ENRIQ. ¿Qué significa este ruido?
TADEO. (Espantado.) (¡Mi hija!... ¡si ella supiera!...)
SERAFIN. (Muy animado.) Significa que hay un hombre
de conducta tan perversa,
que enamora á mi mujer
en mis barbas.
TADEO. (A Enriqueta.) ¡No lo creas!...
(Bajo á Serafin.)
¡Cállese usted!
ENRIQ. (Á Serafin.) ¿Á Virginia?
¡Es imposible! Usté sueña.
SERAFIN. Su padre de usted acaba
de decírmelo, Enriqueta.
TADEO. ¿Yo? no he dicho una palabra...
ENRIQ. ¿Y es posible que usté crea?...
SERAFIN. (Á D. Tadeo.) ¿No me ha dicho usté muy sério
no hace un minuto siquiera,
que uno de esta misma casa
á mi mujer galantea?
ENRIQ. ¡Ah, Dios mio! ¿De esta casa?...
TADEO. (¡Si te cortasen la lengua!...)
ENRIQ. (Á Serafin.) ¡Oh!... dígame usté: ¿quién es?
SERAFIN. No lo sé... ¡si lo supiera!...
¡Pero creo adivinarlo!
ENRIQ. ¡Y yo tambien!
TADEO. (¡Santa Tecla!...)
Pero... ¡si todo es mentira!
SERAFIN. (Exasperado.) Salir de esta casa es fuerza.
Voy á arreglar mi equipaje...
y cuando Virginia vuelva,
veremos lo que hay de cierto

y aclararé mis sospechas!
(Entra en su habitacion.)

ESCENA XIV.

D. TADEO.—ENRIQUETA.

ENRIQ. Usté me quiere ocultar
lo que al fin adiviné.
TADEO. Hija mia... yo no sé
de qué me quieres hablar.
ENRIQ. Sospecho fundadamente
que Pablo me hace traicion.
¡Serafin tiene razon!
TADEO. ¡Serafin... está demente!
Su rostro desencajado,
su mirada vacilante...
No lo dudes un instante,
tiene el juicio trastornado.
ENRIQ. ¡Oh, no!... Cierto es su recelo.
¡Ni á sus amigos respeta!...
TADEO. No lo creas, Enriqueta:
tu marido es un modelo.
Es bueno y amable...
ENRIQ. ¡No!
¡Bien recuerdo aquello de
Pablo... y Virginia!
TADEO. Eso fué...
una cita que hice yo.
ENRIQ. Segun Serafin declara,
se halla aquí el amigo infiel,
y no habiendo aquí más que él...
la consecuencia es muy clara.
TADEO. ¡Yo digo que es turbia!
ENRIQ. ¡Sea!...
pero en casa... ¿hay otro?

TADEO. Sí.
Por de pronto, estoy yo aquí.
ENRIQ. Sí, pero usted...
TADEO. (Viendo á Virginia.) (¡Ah, qué idea!)

ESCENA XV.

DICHOS.—VIRGINIA.

VIRGINIA. (Entrando por el fondo.)
¡Qué confusion! ¡cuánta gente!
ENRIQ. (¡Ella es! ¡mucha prudencia!)
TADEO. (¡Ea, valor... y paciencia!)
(Se dirige á un ramo de flores que habrá sobre el velador, y toma una rosa.)
VIRGINIA. ¡Qué cuadro tan sorprendente
el de Gisbert!... Le he mirado
sin cesar, y volveria.
TADEO. (Con galantería.) ¡Cuánto envidioso tendria
ese cuadro afortunado!
(Mirando á su hija y ofreciendo la rosa á Virginia.)
Viviria agradecido
si usté esta flor aceptara...
VIRGINIA. (Despues de haberse fijado en él, muy admirada, tomándola.)
Mil gracias... (Riendo.) (¡Cosa más rara!)
ENRIQ. ¿En dónde está mi marido?
VIRGINIA. Pagando el coche. Admirada
vengo por cierto; es tu esposo
tan fino, tan obsequioso....
(A D. Tadeo que tose y la hace señas.)
Mas... ¿qué significa?...
TADEO. Nada...
VIRGINIA. Mañana vamos á ver
el Retiro y la Armería.
TADEO. (¡Válgame Santa Lucía!)
ENRIQ. ¿Con Pablo?... no puede ser.

VIRGINIA. ¿Por qué razon?...
ENRIQ. (Con frialdad.) Porque irá
conmigo á asuntos de urgencia...
Espero, por consecuencia,
que usted le dispensará.
(Saluda y se vá por la izquierda.)

ESCENA XVI.

VIRGINIA. — D. TADEO. — Despues SERAFIN. — Despues PABLO.

VIRGINIA. ¿Qué es lo que tiene Enriqueta?
En verdad que no adivino...
TADEO. La culpa es de usté, señora.
Decirla que su marido
es amable y complaciente...
VIRGINIA. ¡Cómo!... ¿y es ese el motivo?..
Lo digo como lo siento.
TADEO. (Señalando la puerta de la izqrierda.)
(¡Ah! creo que se ha movido
aquella puerta... Enriqueta
nos escucha, y es preciso
darla un chasco en toda regla.
¡Valor!... ¡estoy decidido!)
¡Cuán bella es usté, señora! (Con pasion.)
VIRGINIA. (Admirada.)
¿Qué dice este hombre?...
TADEO. Yo admiro
esos ojos, ese talle
y esos lábios purpurinos.
VIRGINIA. Pero...
TADEO. ¡Silencio... señora!
VIRGINIA. (¡Está loco!)
TADEO. ¡Sí... bien mió!...
(Serafin aparece en la segunda puerta de la derecha.)

Por una sola mirada (Con entusiasmo.)
de esos ojos tan divinos,
daria toda mi sangre.

SERAFIN. (¡Qué estoy oyendo!)
(Se oculta tras de la puerta y escucha.)

VIRGINIA. (¡Lo dicho!...
¡está demente!)

TADEO. (Enriqueta
sigue escuchando.) Tranquilo
viviré, Virginia hermosa,
si ser amado consigo.
¡Concédeme una esperanza!...
(Arrojándose á sus pies.)
¡De rodillas lo suplico!

PABLO. (Entrando por el fondo y viéndole.)
(¡Mi suegro!... ¡Será posible!...)

SERAFIN. (Entrando.) ¡Caballero!...

VIRGINIA. (Lanzando un grito y escapándose por la izquierda.)
¡Ah!... ¡mi marido!
(D. Tadeo continúa de rodillas.)

ESCENA XVII.

D. TADEO.—SERAFIN.—PABLO.

SERAFIN. (Á D. Tadeo.) ¡Es usted un miserable!

PABLO. (Idem.) ¡Usté que la echa de rígido!...

TADEO. (Levantándose.) (¡No es ella la que escuchaba!
¿Cómo salir de este lio?...)

PABLO. (A D. Tadeo.) Vamos... esplíquese usté.

SERAFIN. ¡Voy á hacer un viejicidio!

TADEO. (Asustado.) ¿Qué es lo que está usté diciendo?

SERAFIN. Que este asunto, señor mio,
no puede quedar así.
¡Elija usté armas y sitio!

TADEO. (Exasperado.) ¡Acabemos de una vez!

(A Serafin.) Sepa usted, amigo mio,
que ni á su mujer conozco
ni en mi vida la he querido.

SERAFIN. Sin embargo, estaba usted
á sus plantas...

PABLO. Eso mismo
digo yo... ¿Por qué razon?
¿Cuál puede ser el motivo?

TADEO. (A Pablo.) ¡Y eres tú quien lo pregunta,
miserable libertino!...
Pues fué para dar un chasco
á tu mujer, que ha sabido
cierto belen... y sospecha
de tu conducta.

PABLO. ¡Yo insisto
en que no engaño á mi esposa!

SERAFIN. (¡No sé qué pensar!...)

TADEO. Yo afirmo
que la engañas, y que engañas
á don Serafin, tu amigo.
(A Serafin.) Él es el que yo decia.
Recibe cartas y rizos.

PABLO. Eso es falso y no consiento
que diga usté desatinos.

TADEO. ¡Señor yerno!... Usted engaña
á Enriqueta, lo repito.
(Aparecen Enriqueta y Virginia.)

ESCENA XVIII.

DICHOS.—ENRIQUETA.—VIRGINIA.

ENRIQ. (¡Es posible que se atreva
á engañarme mi marido!...)

TADEO. (Sacando la carta del bolsillo.)
¡Pruebas usté me ha pedido,

y aquí tiene usté la prueba!
(Le da la carta á Pablo.)

ENRIQ. (Acercándose.) ¡Yo quiero verla!...

TADEO. (¡Mi hija!)
(Bajo á Pablo.) ¡Tráguese usté ese papel!!

ENRIQ. ¡Quiero ver si me es infiel,
por más que el verlo me aflija!

PABLO. (Despues de haber examinado la carta.)
¡Cómo!... ¿es esto?...
(Se la enseña á Enriqueta, y los dos sueltan la carcajada.)
¡Já! ¡já! ¡já!

TADEO. (¡Se rien!...) (Pablo enseña la carta á Serafin y Virginia.)

SERAFIN. (Riendo, á D. Tadeo.) ¡Bravo!... ¡muy bien!

TADEO. (¡Calla!... ¡El marido tambien!
¿Qué demonios pasará?)
¡No comprendo, por mi vida!...

VIRGINIA. (A D. Tadeo.) Esa carta que le inquieta,
fué escrita por mí á Enriqueta
avisando mi venida.

TADEO. (Pasmado.) ¿Está usté segura?...

VIRGINIA. Si.
¿No lo he de estar?

TADEO. ¡Voto al diablo!...
En la levita de Pablo
me la encontré, y presumí...

PABLO. ¡Cómo!... ¿usté mete la mano
en los bolsillos agenos?
¡Un escribano!...

TADEO. (Con dignidad.) ¡Algo menos!...
Yo ya no soy escribano.

ENRIQ. (A D. Tadeo.) ¿Está usté ya convencido
de que mi esposo es leal
y no me engaña?

TADEO. (Con sorna y estrechando la mano á Pablo.)
¡Sí tal!...
¡Es un ángel tu marido!

PABLO. ¡Gracias á Dios!
TADEO. (¡Tarambana!...
¡Pobre Enriqueta!... Yo sé
que la engaña... Volveré
mañana por la mañana.)

MUSICA.

D. TADEO. (Á Pablo.)

Le advierto, señor yerno,
que si me silban,
voy á ser dia y noche
su pesadilla.

PABLO. (Dirigiéndose al público.)

¡Por Dios, señores!
aplaudid y me evito
mil desazones!

FIN DEL JUGUETE.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se suprime lo atajado en las escenas 12.ª, 16.ª y 17.ª.

Madrid 11 de abril de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. Se ha suprimido lo tachado por el señor censor.

